

MARX, CON PULGAS Y SIN DRAGONES

Jorge Abelardo Ramos

"He sembrado dragones y cosechado pulgas" Karl Marx

Me he permitido resumir sus preguntas para facilitar la exposición. En cuanto a mi evolución político-intelectual, les diré que la gente de mi generación nació marcada por dos grandes acontecimientos internacionales: la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial.

En la Argentina, el conflicto de España se vivió como propio. Brotaron rápidamente en todo el país los comités de ayuda a la España republicana. En el mundo de la "gente decente", por supuesto, las simpatías se volcaban hacia los "rebeldes" del "alzamiento nacional". Como yo estaba vinculado con hombres del movimiento libertario, lo que ocurría en el bando republicano, ante la acción del Partido Comunista español y la policía política soviética, nos inspiró desde el principio claros recelos. Con el pretexto de la ayuda en armas de Stalin (que el siniestro georgiano se cobró con el oro del Estado español) el aparato político del stalinismo montó en la retaguardia republicana de Barcelona sus propios "procesos de Moscú". La primera vez que oí hablar de "desaparecidos", en el trágico lenguaje de la época, fue por las noticias provenientes de la GPU (policía política rusa) en Cataluña. Que el interesado lea "Homenaje a Cataluña", de George Orwell.

La tesis stalinista en España consistía en la fórmula: "primero ganar la guerra y luego hacer la revolución". Con lo que perdieron ambas. Aquí en nuestro país y para nosotros, los adolescentes de 1938, el marxismo aparecía bajo la forma del Partido Comunista, con el aura seráfica del "Frente Popular". Esto quería significar que Stalin deseaba aproximarse a las potencias "democráticas" europeas y ordenaba al stalinismo de Europa aliarse a los partidos burgueses colonialistas para luchar contra el fascismo: la misma orden suponía, en los países semicoloniales como la Argentina, unirse a la oligarquía anglófila y "democrática", con idéntico fin. Pero en nuestro país no ejercía su dominio Hitler o Mussolini, sino el Imperio Británico. De donde la política stalinista preconizaba que los argentinos se sometieran a los terratenientes filobritánicos y a sus partidos tributarios para combatir a los competidores de Inglaterra en Europa. El Frente Popular concebido por los stalinistas para la Argentina incluía a casi toda la partidocracia: los conservadores "buenos", los demócratas progresistas (que son los conservadores de Santa Fe), los socialistas y el radicalismo alvearista.

Para nuestra generación, la doctrina de la "emancipación del proletariado" se traducían en la "década infame" como la doctrina de la sumisión al imperialismo británico. Este era mucho más importante, sin embargo, que la clase dominante local de los textos de Marx. Puesto que la que dominaba la sociedad argentina no era la insignificante burguesía nacional sino la oligarquía exportadora.

Como es fácil de presumir, esto no nos gustaba para nada. Los jóvenes consumíamos la folletería marxista e izquierdista publicada en el barrio de Boedo por el socialista español Antonio Zamora, leíamos el periódico "Señales" donde escribían los yrigoyenistas revolucionarios de FORJA, sin que faltaran los manifiestos del aprismo peruano, que difundía un comité de peruanos instalado en la calle Bolívar, cerca del Colegio Nacional de Buenos Aires, donde fui alumno algún tiempo. Fue entonces cuando descubrimos a Trotsky a través de Adolfo Perelman, Liborio Justo y Aurelio Narvaja. Eran figuras solitarias, anónimas, salvo Justo. Sin embargo, a ellos les debo la introducción de la palabra "nacional" en el lenguaje de la política argentina, trivializada en la izquierda por el cosmopolitismo más pueril. Cuando en 1943 se produjo el golpe militar del 4 de junio, la simple tentativa de explicar ese movimiento mediante un análisis del desarrollo industrial reciente y de la estructura de clases de la sociedad argentina, mereció que se nos llamara, por los órganos del stalinismo y del trotskismo, "fascistas", "policías" o "nacionalistas brugueses".

En realidad, el famoso "internacionalismo proletario" puesto en circulación por la revolución rusa, había terminado por resultar, en manos de Stalin, una máquina doctrinal destinada a defender el nacionalismo soviético en el mundo entero, algo parecido al sionismo, que es nacionalista en Israel y enemigo del nacionalismo en los países débiles. El "marxismo-leninismo", en esa época, constituía un confuso pretexto para imponer la "razón de Estado", la "doctrina de Estado", la historia falsificada y, finalmente, "el crimen de Estado". Al lado de las masacres de Stalin y la colectivización forzosa, el asesinato del Duque de Enghien ordenado por Bonaparte pintaba casi como un acto filantrópico. De este modo, Marx se difundía entre nosotros mediante una versión horripilante. El distanciamiento de los marxismos y socialismos del propio Marx, estaba en marcha.

Al lado del comunismo local, en la juventud ejercía una influencia considerable otra versión del socialismo. Era la que había formulado Juan B. Justo. Fundador del Partido Socialista, Justo gozaba de una fama particular en la aldea por su condición de primer traductor del idioma alemán de "El Capital" (primer tomo). Su discípulo, el profesor Américo Ghioldi, mantuvo esa celebridad como jefe del Partido Socialista Democrático. Ese partido hoy está asociado a la Internacional Socialista. En tal carácter Ghioldi fue asesor del gobierno militar del General Aramburu (Junta Consultiva, 1955) y fue embajador de la Argentina durante la dictadura militar del General Videla (1976-1980). El punto de vista del Dr. Justo –precursor de los grupos "clasistas" actuales- consistía en que definía a la Argentina no como un país semicolonial sino como un país capitalista; igualito que Inglaterra o Francia. Opinaba que la existencia de un mercado mundial y de sus leyes soberanas, así como las afinidades electivas que la naturaleza y la historia habían legitimado, exigían un sistema de librecambio total: Argentina debía exportar trigo y carne a precios bajos y Gran Bretaña, en cambio, debía proporcionarnos los frutos de su ingenio

mecánico ¡Eramos interdependientes! Condenaba, en un artículo publicado en "La Nación" en 1897, la locura industrialista de algunos hacendados que pretendían fundar molinos harineros, en lugar de exportar directamente el cereal en grano. Confiaba en el obrero inmigrante que leía a Emile Zola y sospechaba del cerril peón criollo, herido por la maldición de la sangre mestiza. Sostenía que el duelo esencial en la Argentina residía en la lucha entre la burguesía (nacional) y el proletariado (en gran parte inmigratorio).

Se han olvidado sus notables definiciones, que educaron a varias generaciones de "izquierdistas cipayos": el capital nacional, decía Justo, era "espurio", en cambio el capital extranjero era "sano". Justo explicaba que el primero siempre pedía protección estatal, en cambio el segundo no pedía nada. Justo fue el maestro de Federico Pinedo, socialista primero y luego conservador, quien reconocía su deuda teórica hacia el maestro; Pinedo fue maestro de Raúl Prebisch y Prebisch maestro de Martínez de Hoz; y Martínez de Hoz fue el maestro de Sourrouille. Tales bípedos son considerados las águilas de la república, diría Alberdi.

Justo no se detenía ahí. En todos sus libros afirmaba que la "política criolla" era detestable. Se imponía adoptar una política "científica". De ahí su aversión hacia Yrigoyen. Por razones familiares yo experimenté desde chico simpatía por el "peludo" y gocé del privilegio de escuchar las sutiles explicaciones de Jorge Farías Gómez, yrigoyenista y luego peronista. De modo que la prédica de Justo contra el radicalismo "incoherente" y "no programático" me encontraba vacunado. También, precoces lecturas del anarquista español Rafael Barret, donde examinaba la política criminal del general Mitre contra el Paraguay, y del geógrafo francés Eliseo Reclus, también anarquista, igualmente esclarecedor sobre el genocidio paraguayo, habían despertado en mi espíritu extrañas convergencias. Recuerdo que Justo defendía el exterminio de las tribus negras de Africa por la colonización blanca, fundado en la necesidad expansiva de la "civilización". En realidad, era una paráfrasis de opiniones semejantes de Federico Engels sobre los despojos territoriales sufridos por México por los zarpaos norteamericanos. La óptica europea de los "mundos excéntricos" dominaba el pensamiento de Justo y hay que reconocer que esa materia no difería mucho de Marx. Hasta cuando Estados Unidos separa a Panamá en nombre de la "civilización", el partido de Juan B. Justo observa un "progreso" en la "independencia de una nueva nación". Juan B. Justo fue mitrista en historia, spenceriano en filosofía y librecambista en economía. Su herencia intelectual ha marcado hasta la médula a las izquierdas en la Argentina. Esto revela no sólo el poder de la europeización entre nosotros, sino también el hasta ahora invencible carácter agrarista de la sociedad argentina. Para Justo, el mayor adversario era Yrigoyen y no los conservadores de la clase vacuna. Por esta razón, estos últimos votaron en ocasiones al Partido Socialista en la Capital Federal, para debilitar a Yrigoyen, lo que permitió a no pocos socialistas sentarse en la Cámara de Diputados a fin de hostigar al yrigoyenismo. Esto sigue ocurriendo en nuestros días con los diversos retazos del izquierdismo cosmopolita. Puede leer "El Contubernio" de Joaquín Coca quien se interese en el tema.

Pero el agudo pensamiento de Trotsky, expulsado de Rusia por Stalin y exiliado en México en 1937, abrió un espacio luminoso en la densa oscuridad staliniana. Justamente Trotsky examinó el carácter revolucionario del gobierno del general Lázaro Cárdenas y de la revolución nacional en ese país; estudió el carácter del Brasil de Vargas y hasta se expidió sobre la hipótesis de una

guerra entre el Brasil dictatorial de Vargas y la democrática Inglaterra. En ese caso, afirmaba, para apoyar a Vargas en esa guerra no se debía juzgar el régimen político de ambos países sino su naturaleza histórica respectiva.

El país semicolonial, según Trotsky -que había estudiado América Latina a raíz de su exilio en México- debía ser sostenido sin vacilar en esa hipotética guerra contra el país imperialista británico, aunque Brasil fuese gobernado por un dictador y Gran Bretaña contara con un gobierno socialista. Para Trotsky, la causa del progreso histórico estaba en el Brasil y no en Inglaterra. Como era de esperar, Trotsky fue lapidado como "fascista" por la misma burocracia de Stalin, que ordenaría su asesinato poco después. En cuanto a los trotskistas, en su mayoría resultaron disgustados por tales juicios respecto de Cárdenas y Vargas ¡Trotsky apoyando a un general y a un dictador! En la Argentina todo resultaría con el tiempo más chocante y revelador con la aparición de Perón y de la guerra de Malvinas. El tema fue olvidado rápidamente. Los supuestos admiradores del revolucionario ruso se acipayaron rápidamente. En nuestros días, en fin, hemos visto asombrosas kermeses políticas: trotskistas y stalinistas aliados contra su enemigo común: la clase obrera de filiación peronista.

La Segunda Guerra Mundial, con sus horrores y sus mistificaciones ("democracia contra fascismo") resultó la prueba categórica de que nuestra desconfianza hacia los socialismos y marxismos en boga estaba justificada. Socialistas, comunistas e izquierdistas varios prestaron su ardiente apoyo a los bandos aliados en dicho conflicto. Aunque hubo algunos grupos nazis vernáculos que aplaudían al otro grupo imperialista, el poder anglo-franco-yanqui en la Argentina era irresistible. La clase media se estremecía de ansiedad por la victoria de sus amos.

De modo que la lucha de la "izquierda unida" contra el Frente Nacional del peronismo en 1945, su complicidad con la Revolución Libertadora en 1955 y luego con la dictadura de Videla, completan un cuadro deplorable. Al fin y al cabo, los marxismos y socialismos diversos se habían adaptado a las particularidades de los múltiples procesos nacionales y a las deformaciones, atroñas e hipertrofias que una historia implacable opone a sus ocurrencias.

No hay duda que ese destino de los marxismos y socialismos ha producido una verdadera y radical ruptura con el pensamiento nuclear de Marx aunque el propio Marx, en lucha a brazo partido en su exploración teórica, ofrecía a cada paso argumentos contrarios a todo aquel que pretendía un sistema acabado y puro como acero inoxidable. Cada uno de los múltiples marxismos sucumbió bajo el peso de la tradición cultural y el marco histórico y político del país respectivo. Sólo señalaré que entre el pensamiento y la acción de "Juan el Patriota" (durante muchos años el seudónimo de Ho-Chi-Min en Vietnam) y la historia política e intelectual de Lenin o Fidel Castro, media un abismo. Naturalmente, hay otro más profundo aún entre los citados y los escritos de Marx. Es preciso, pues, separar los marxismos diversos del propio Marx y no es menos importante examinar en cuántos momentos Marx se enfrenta con Marx.

En aquellos países del área "socialista", que algunos llaman el "socialismo real", reina una doctrina oficial, inmovilizada, que sólo actualiza ocasionalmente el Secretario General de acuerdo con las necesidades del Estado. Esta doctrina, traída y llevada un millón de veces, se ha disociado de la vida y cuenta con una feligresía unánime y escéptica. La doctrina marxista en tales Estados tiene tanto que ver con Marx como la pornografía con el amor.

El "centralismo democrático" ha terminado en el centralismo burocrático. Un sínodo de pocos miembros, sostenido por una casta privilegiada que consume gran parte de la renta nacional, se atribuye la verdad total... en nombre de Marx. No es concebible que un disidente como monseñor Levefre fuera tolerado en la iglesia de Moscú, como lo hace la iglesia de Roma. Aquí, el vocablo socialismo pierde todo significado. La palabra "marxismo" se trueca en el mayor malentendido de nuestra época. Desde luego que parte del pensamiento del propio Marx, que ambicionaba dotar al hombre total del gobierno de su propio destino, ha sucumbido cuando está por concluir el siglo XX.

No se ha confirmado la ley de la miseria creciente del proletariado ni el descenso a largo plazo de la tasa de beneficio. La marcha hacia la "dictadura del proletariado" sólo ha producido la dictadura sobre el proletariado. En cuanto a la religión como "opio del pueblo", sólo hemos visto una patética confrontación: al Papa de Roma canta una misa en los Astilleros "Lenin" de Polonia, después de cuarenta años de "socialismo real". La subestimación de Marx hacia las religiones como pura "superestructura", se ha visto refutada por naciones enteras del Medio Oriente que a través de su fe religiosa realizan su revolución y defienden su soberanía ante las potencias civilizadas.

Contra las predicciones de Marx, el proletariado tiende a disminuir en Europa, Estados Unidos y Japón por obra de la robotización y la revolución tecnológica; en el mundo semicolonial, en cambio, el número de obreros decrece pero no a causa de la robótica sino porque el imperialismo impide a los latinoamericanos desarrollar el capitalismo y, en consecuencia, aumentar el número de trabajadores industriales. En otras palabras, el imperialismo, con la ayuda objetiva de no pocas izquierdas, demócratas y derechistas locales, cierra en América Latina el camino del capitalismo y al mismo tiempo le prohíbe emprender la lucha por el socialismo a la criolla, esto es el nacionalismo revolucionario, al que acusa de fascista. Obsérvese a los ridículos liberales vernáculos, vinculados al capital extranjero, que hablan de la "economía de mercado" en la era de los monopolios; a los variados marxistas que verbalizan sobre la "revolución obrera" en un océano agrario, o a los "democráticos" de tipo alfonsinista que proponen mantener las libertades personales a la clase media a cambio de hundir a la sociedad semicolonial en el estancamiento o la disgregación.

Ustedes preguntan sobre la influencia del marxismo en Europa y si puede esperarse aquí algo parecido al mayo francés. En Occidente, y en particular en Europa, los marxismos han declinado drásticamente. No hay que realizar una investigación filosófica para encontrar una respuesta.

La Europa burguesa goza de una prosperidad sin precedentes en toda la historia del capitalismo. Ahí debe buscarse la explicación central.

Su clase obrera se ha aburguesado; la clase media esquía sobre la nieve de los Pirineos. Hasta España, el país otrora más atrasado de Europa, goza de un creciente bienestar. La mayoría electoral ha votado por la OTAN y por la Comunidad Económica Europea. España, la conquistadora de Indias, ha vuelto sus espaldas despreciativamente a la América Hispánica. Nosotros somos, para las capas ilustradas de su estúpida clase media, "los sudacas". Ha nacido en la madre de las patrias americanas otra expresión despectiva: "es un tercermundista". Los descastados hijos de Unamuno quieren ser europeos a toda costa. España ha huido de América. Juzga el descubrimiento como una lacra vergonzosa.

Felipe González envía a sus hijos a estudiar a los Estados Unidos. A Marx hace tiempo que lo ha expedido al Olimpo de los justos.

Y como el marxismo ha perdido influencia en Europa y la droga socialdemócrata proporciona un sueño profundo a la rebeldía juvenil, las semicolonias de América Latina reflejan, por su condición simiesca, la decepción europea de los socialismos. En la Europa opulenta, dicho fenómeno parece de algún modo natural. Los ultrarrevolucionarios de Copenhague, como no pueden hacer la revolución en Dinamarca, ya que cada fiord rebosa prosperidad, envían ropa usada al Africa y dinero para comprar armas a los pobres sudamericanos. Es cierto que hay sudamericanos que viajan a pedir ropa usada a Dinamarca y, de paso, ideas usadas.

En América Latina la introducción del "liberalismo conservador" parece una verdadera burla. Y el descrédito de los marxismos no sólo se explica por el descreimiento europeo en la revolución, sino por el fracaso de dichos marxismos en proporcionar una respuesta al drama de América Latina. Los ejemplos que he dado del tema en la Argentina podrían ser completados con montañas de hechos similares en el resto de la Patria Grande.

Para resumir, es evidente que Marx, como genial pensador de Occidente, puede resultar muy útil para percibir ciertos aspectos del capitalismo mundial o para elaborar un método crítico en el análisis de la historia. No cabe duda que la burguesía no dio a luz otra figura mayor que Marx para cantar las excelencias productivas del capitalismo en despliegue. Pero, por desgracia, pertenecemos a un continente que se distingue no por su desarrollo capitalista, que estudió Marx tomando como modelo a Inglaterra, sino por la ausencia del capitalismo; no por el papel de la burguesía como clase dominante, sino como clase dominada por la oligarquía financiera, terrateniente o comercial; no como escenario de la lucha de "clase contra clase", sino como lugar del enfrentamiento de dos bloques históricos: Frente Democrático (o de izquierdas) y el Frente Nacional. La Argentina en tiempos de Yrigoyen y de Perón proporcionó dos grandes ejemplos para su examen en laboratorio, fenómeno que los marxistas notorios de todos los colores desconocieron a coro. Diré que la "izquierda nacional", para llamarla de algún modo, que nació hacia 1940

y que hoy resume el programa del socialismo latinoamericano y el socialismo criollo, pretendió ser una síntesis de las ideas que procuraron hacer de la Argentina un país dueño de su destino en una América Latina unida.

Ustedes me preguntan sobre los estudiantes de hoy y las influencias que se ejercen sobre ellos. Si Alfonsín y Alsogaray se reparten influencias, conviene recordar que los estudiantes universitarios son una parte privilegiada de una clase insegura que vive en un soliloquio perpetuo, víctima de su individualismo sórdido y sujeta al influjo deformante de los grandes imperios. Como casi siempre en su historia, los estudiantes universitarios son "demócratas reaccionarios", "liberales reaccionarios" o, últimamente, peronistas que desconfían de los obreros. Una minoría entre ellos, que no siempre puede expresarse, conserva el culto a la patria y la repulsión hacia el imperialismo. Si se hiciera una encuesta entre los estudiantes de hoy, sugerencia que dejo planteada, y se les pidiera unas pocas palabras valorativas sobre ciertos nombres ¿qué responderían?

He aquí unos nombres y hechos escogidos al azar para esa imaginaria encuesta: el General Angel Vicente Peñaloza, Facundo Quiroga, Mariano Fraguero, Brigadier Ferré, Emilio de Alvear, Alfonso Baldrich, Cura Muñecas, General Belzu, Simón Rodríguez, Torrijos, Perón, la guerra de Malvinas, Manuel Ugarte. Permítanme anticipar los resultados de la encuesta. La mayor parte diría que desconoce tales nombres. Y aquellos que de algún modo los recuerdan, quizás comentarían que no les agradan por alguna causa, o les despiertan indiferencia. Sin esos nombres, sin embargo, América Latina no habría entrado en la historia. La crisis de la Argentina empujará a muchos estudiantes a romper el chaleco de fuerza del cipayismo cultural y de la abulia política. Estoy seguro de ello. Por esa causa, el gran tema de nuestra época no pasa por el universalismo marxiano sino por la constitución y unificación de la Nación Latinoamericana.

II

Los cambios sobrevenidos en el mundo contemporáneo desde la segunda guerra imperialista mundial resultan tan notables que aun no han sido asimilados por entero en la conciencia colectiva. Han surgido nuevos problemas tanto en el mundo "avanzado" como en el "atrasado". La naturaleza de la revolución socialista o de la revolución nacional han sido objeto de análisis que no siempre resultan útiles para el destino de los pueblos del Tercer Mundo. Durante el siglo XIX, la creencia general entre las múltiples sectas socialistas era que los "pueblos salvajes" serían arrastrados hacia la corriente de la civilización por la expansión y universalización de la producción capitalista.

A principios del siglo XX, los diversos marxistas consideraban que dichos pueblos salvajes serían redimidos con la llegada del socialismo en los países civilizados. Tanto las sectas pre-

marxistas como las corrientes llamadas marxistas, arrastraban un obvio sedimento de liberalismo y racionalismo, infundido por la época al conjunto del pensamiento europeo.

Después de la Revolución Rusa, las cosas no cambiaron sino en el sentido de que se evidenciaron muchas tentativas de "adoptar", "adaptar", o "aplicar" lo que genéricamente se entendía como el pensamiento de Marx a la esquiva y confusa realidad prehistórica de América Latina, según el piadoso precepto hegeliano.

La obsesión por "aplicar" Marx a la historia de América Latina tropezó con la resistencia que opone el propio pensamiento marxista en cualquiera de sus acepciones (y hay muchas). En verdad, habría que aplicar América Latina a Marx. En resumidas cuentas, sus propios creadores reconocen tres fuentes del marxismo: la filosofía alemana, el socialismo francés y la economía política inglesa. La tarea de lograr una síntesis aceptable de tres elementos tan diversos, constituyó la proeza intelectual de Marx. Pero la esencia de toda la construcción residía en la inquebrantable convicción de Marx de que el objeto de su análisis era el capitalismo, el sujeto de la historia universal, el proletariado y Europa el teatro de tal historia. Ahora bien, el rasgo diferencial de América Latina (y del tercer Mundo) es la ausencia del capitalismo examinado por Marx y, en consecuencia, la inexistencia del proletariado tanto como de modos de producción y clases sociales dominantes e históricamente acabadas en el escenario histórico dado. Tropicalizado el marxismo, sólo podía manifestarse como un esquema ilusorio, flotando en el vacío histórico. No es otra la "saga" de las organizaciones autodenominadas marxistas en América Latina. Pero la dificultad no sólo residía en los introductores mestizos sino en el objeto mismo de la aplicación, concebido a la luz declinante de la Revolución Francesa y con la vista puesta en el horror de las fábricas inglesas donde agonizaban decenas de miles de niños y mujeres mientras se obtenía la "acumulación".

En la América Latina del siglo XX, por el contrario, la industrialización significaba el mejoramiento inmediato de la vida en la población nativa y no el espanto de las fábricas que contempló Marx.

Para decir lo menos, resultaba algo extraño pretender que una doctrina revolucionaria resultara útil en América Latina en tanto se fundaba en el socialismo francés del siglo XIX, la filosofía alemana del siglo XVIII y la economía política inglesa de la misma época. El marxismo original resultaba de una fusión de la historia de los países más importantes de Europa, en cuanto a su desarrollo histórico, cultural e industrial y contenía la idea, muchas veces expresada por Marx, de que el mundo bárbaro sería arrastrado primero a la corriente internacional del capital y luego incorporado a la verdadera civilización socialista, cuando los países europeos hubieran establecido el socialismo. En Marx la idea era muy clara. En Engels se hace notoriamente euro-nacional y hasta germano-nacional.

La Segunda Internacional reposa sobre el poder de Europa sobre el mundo, y la Tercera Internacional, rápidamente dominada por el nacionalismo gran ruso de Stalin, lejos de encabezar el Tercer Mundo, pacta primero con la Europa Occidental y luego con Hitler en 1939, para desaparecer sin dejar rastro justamente cuando la extensión de los llamados "países socialistas" hacía prever un robustecimiento del "internacionalismo proletario". Por el contrario, el triunfo de las revoluciones burocráticas o populares indicó claramente que, por medio de caminos no capitalistas, la necesidad de crear nuevos Estados nacionales y de impulsar las fuerzas productivas comprimidas por la presión extranjera era más poderosa e infinitamente más real que las profecías del "Manifiesto Comunista". Y así como la revolución de Francia había convocado para enmascarar su carácter nacional a la universalidad de los símbolos romanos y de los ropajes romanos, la revolución nacional rusa, china y otras, llamaron en su auxilio a las figuras venerables de dos intelectuales europeos del siglo anterior, en cuyo nombre se desarrollaban procesos que muy probablemente hubieran despertado su asombro -y quizás su condenación- de haber vivido para verlos.

Por lo demás, el capitalismo brutal que conoció Marx en su propia cuna inglesa y que observó en su versión atemperada de la Inglaterra victoriana hacia 1880, difería notablemente del capitalismo norteamericano de un siglo más tarde o el de la Europa de la Comunidad en nuestros días. Aunque el régimen imperialista financiero no perdió su ferocidad, para su propio hogar nacional la clase obrera dispone de un nivel de vida y de una legislación protectora difícil de imaginar cien años antes. El heredero de la filosofía clásica alemana, según Engels, es una columna sólida del régimen burgués en la Alemania Federal, tan adaptado como lo era bajo el sistema prusiano y bismarkiano de los tiempos de Engels, cuando los dirigentes obreros preferían trabajar el 1º de mayo y hacer un picnic socialdemócrata el domingo siguiente. En tanto el capitalismo contemporáneo conserve su impulso, beneficie a la sociedad burguesa y ofrezca al proletariado cierto nivel de prosperidad, la verdadera expresión política de la clase obrera continuará siendo el socialismo y el eurocomunismo, conservadores del orden social y del sistema parlamentario. Tales son los hechos. En cambio, el Tercer Mundo, el "mundo sin historia", no tiene otra salvación que la revolución, ni otro enemigo principal que el imperialismo extranjero, por más civilizado, demócrata y hasta socialista que sea.

III

Cuando faltaban pocos años para que el "Manifiesto Comunista" cumpliera un siglo, el último de los grandes marxistas del siglo XX exponía su visión de la sociedad capitalista. León Trotsky, en vísperas de su asesinato en México, sostenía en un artículo que si de la gran guerra mundial que estaba en curso no nacía en Europa una revolución socialista, sobrevendría el "ocaso de la civilización". Agregaba que en ese caso quedaría demostrado que el proletariado, por alguna razón, era incapaz socialmente de hacerse cargo de las tareas históricas que el marxismo tradicional le había asignado. Y que "el programa socialista, edificado sobre las contradicciones

internas de la sociedad capitalista, era una utopía". Estas líneas fueron escritas en septiembre de 1939, pocos días después de iniciada la Segunda Guerra Mundial. Trotsky afirmaba que si en el curso de la guerra la revolución de Octubre "no encontrara su continuación en alguno de los países avanzados; si por el contrario el proletariado se encontrara por doquier arrojado hacia atrás, entonces indudablemente tendríamos que plantear la cuestión de revisar nuestra concepción de la época actual y de sus fuerzas motrices".

Ante el panorama europeo, con el triunfo del fascismo, del nazismo y del stalinismo, formulaba en 1938 la siguiente reflexión: "Si se acepta que la causa de las derrotas son las cualidades sociales del proletariado mismo, es preciso reconocer entonces que la situación de la sociedad contemporánea es desesperada. En las condiciones del capitalismo en putrefacción, el proletariado no crece ni en número ni en cultura". En otro estudio del mismo año observaba: "Las fuerzas productivas del capitalismo han dejado de crecer. No se producen nuevas invenciones ni innovaciones técnicas. El capitalismo está en agonía". Coronaba su sombrío análisis con la siguiente predicción: "Es absolutamente evidente que si el proletariado internacional, como consecuencia de la experiencia de toda nuestra época y de la actual nueva guerra se mostraba incapaz de convertirse en amo de la sociedad, eso significaría el hundimiento de todas las esperanzas de revolución socialista, ya que es imposible esperar otras condiciones más favorables para ella; en todo caso nadie puede preverlas desde ahora, ni caracterizarlas".

Al concluir su trabajo, agregaba una nota de optimismo, que no lograba disipar en el lector la penosa impresión de las duras alternativas planteadas.

En efecto, al darse término a la guerra mundial mediante el acto criminal de Hiroshima y Nagasaki, el mundo se informaba de los avances de la ciencia nuclear y de la coherencia. Se vislumbraban ya las conquistas de la cibernética. En el régimen capitalista comenzaba un desarrollo científico y tecnológico colosal, imposible de concebir en esa decadente sociedad burguesa que Trotsky tenía bajos sus ojos en 1939.

Todas las predicciones resultaron desmentidas por la lógica de hierro de los acontecimientos. Fue necesario cambiar las perspectivas aprendidas, las caracterizaciones globales, el concepto de la clase pura y del proletariado inoxidable, las leyendas heroicas de remotas revoluciones y hasta el vocabulario, ya que las palabras están lejos de ser indiferentes a la carga histórica y emocional que sobrellevan. Y las palabras europeas o asiáticas, las metáforas y analogías, aquellos thermidorianos, esos bonapartismos, los bolchevismos y la narodnaya volya, "La Madre", de Máximo Gorki, el cautivante Smolny y los disparos del crucero Aurora, tenían para los latinoamericanos de varias generaciones más intimidad, encarnadura y pasional resonancia que la batalla de Caseros, Tacuarembó, Ayacucho o Junín, que los campos de mío mío, los gauchos de Artigas o las arengas de Simón Bolívar.

A esos inflexibles y solitarios adolescentes de mi época les resultaba más familiar el río Neva (que no podíamos encontrar ni con el auxilio del mapa) que el Desaguadero, el Amazonas o el Mapocho. Y debimos reconstruir, como lo anticipaba Trotsky, de todas sus piezas, un programa revolucionario que abandonara las hipótesis del siglo XIX, más utópicas que científicas, y que procurara hundir sus raíces en nuestra historia y no en otra. Debimos mirar más de cerca, a nuestro lado y bajo nuestros cielos. Resolvimos elaborar un socialismo justamente criollo, porque todos los demás eran incomparables en tanto eran nacionales de otras naciones y como tales ininteligibles e inaplicables, aunque gozaban de buena prensa y nos habían ganado el lado del corazón. La enajenación (no la capitalista, sino la marxista) duró la friolera de unos 70 años y dejó un cráter mayor que la Luna. Claro que dicho socialismo criollo, a su vez, debía asumirse como la expresión más revolucionaria del nacionalismo popular genérico de la patria oprimida. Pues bien, comprendimos tardíamente que resultaba erróneo estudiar "El Capital" sin leer al mismo tiempo el "Sistema de economía política" de Federico List, o los escritos económicos de Manuel Belgrano, abogado, general y economista de la revolución (no la de octubre de 1917, que era rusa, sino la de mayo de 1810, que era sudamericana) y luego, las páginas del cordobés Mariano Fraguero y del mexicano Mariano Otero.

Pues vinimos a saber que estudiar en América Latina un capitalismo casi inexistente (en el sentido de una estructura dinámica generalizada en todos los niveles y clases de la sociedad) sin estudiar los métodos de la acumulación nacional ligada al Estado, no sólo ponía en discusión la supuesta necesidad histórica de integrarnos al mercado mundial sino también la caracterización del Estado formulada por Marx, como "comité administrativo de la burguesía", aplicable al cuadro de la Europa burguesa.

En América Latina resultaba quimérico luchar contra la burguesía como enemigo principal - según exigía el "Manifiesto Comunista" -, por la sencilla razón de que la burguesía no ocupaba el poder (ni político ni económico) y era frecuentemente perseguida, arruinada, encarcelada y hasta expatriados sus representantes por la rosca oligárquica asociada al imperialismo extranjero. Bastará recordar los casos de Gelbard y Broner en la Argentina, para convenir que los únicos sectores de la "burguesía nacional" que participaban del poder social y político eran aquellos asociados al capital imperialista. Señalaríamos, para dar otro ejemplo, a los sectores más influyentes de la Unión Industrial Argentina, cuya política general es habitualmente similar a la de la Bolsa Argentina de Comercio, la sociedad Rural Argentina y la Asociación de Bancos "Nacionales".

Considerado desde este punto de vista, el rigor antiburgués de los marxismos conducía rectamente a sus creyentes a combatir la causa nacional, que dichos doctrinarios identificaban con la causa de la burguesía. Omitían por completo el hecho de que en América Latina la clase dominante no es el "burgués ávido y cruel" del himno "La Internacional" sino la oligarquía ilustrada liberal y "progresista", agraria, comercial y financiera. Precisamente por su debilidad relativa y su escasa visión histórica, la burguesía nacional no crea al movimiento nacional sino que, de algún modo, es creada por él y lo traiciona cada vez que le conviene.

De tal suerte, nos dedicamos a husmear en los textos sacros la más insignificante referencia de los consagrados maestros a la América Latina, el Estado-nación y los pueblos débiles. Nos llevamos amargas sorpresas.

Aunque Marx había expresado su simpatía por la cuestión nacional planteada en Irlanda y Polonia, y comprendió la imperiosa necesidad de concluir con las excrecencias feudales y absolutistas reinantes en los principados alemanes y en el resto de la Europa monárquica, su visión de los "pueblos sin historia" (Asia, África y América Latina) no logró despojarse nunca del aire soberbio y despreciativo de un europeo conspicuo. Empleaba con frecuencia, en el mismo sentido despectivo que Sarmiento, la fórmula "civilización y barbarie". En este orden, y en otros que los filósofos examinarán, continuaba siendo un perfecto hegeliano. En punto al juicio que le merecían aquellas culturas europeas o extraeuropeas indignas de sobrevivir, su maestro de Berlín no habría tenido nada que reprocharle. Juzgó a Bolívar un "pillo, canalla y cobarde" y a los pueblos eslavos del sud, "pequeños, minúsculos, inválidos e impotentes". Rechazó sin contemplaciones el "principio de autodeterminación de los pueblos"(que saldría de la cabeza de Lenin en el siglo XX) y sólo postuló la creación de grandes naciones con viabilidad histórica -obviamente naciones de cultura europea que fueran "una necesidad de la historia". Según se sabe, no es sencillo interrogar a la historia sobre sus secretos designios.

Pero si el poder de su genio penetraría en la intimidad de la economía capitalista y, de algún modo, compondría un repertorio de ideas aptas para investigar ciertos antagonismos de la sociedad moderna, la llegada de su obra a América Latina adquirió caracteres deformados, propios del mecanismo montado en una gran semicolonía para nutrirse pasivamente de la herencia cultural de Europa. El Marx que se propagó en los círculos cultos de América Latina fue el Marx de la historia cosmopolita y esquemática del "Manifiesto Comunista", el de la postulación de la dictadura del proletariado (que el propio Marx olvidó y Lenin revivió), el de la idea de un mercado mundial sometido a normas uniformes para la expansión capitalista, el del rol mesiánico del proletariado como héroe de la historia y el del desprecio hacia los campesinos con su "idiotismo rural", el de la personificación de los obreros alemanes como albaceas de la filosofía clásica alemana, y el Marx esencialmente abstracto que afirmó que los obreros "no tienen patria". En Quito, en Lanús, en México y en Potosí, tales ideas encontraron un eco tan profundo como estéril. Marx creyó hasta el fin de su vida en una historia universal sometida a inexorables leyes, tal cual había dictaminado el infalible determinismo del marqués de Laplace. Pero luego de Marx, hizo su aparición Lenin, un inigualable realista y pragmático, que sucumbió bajo el peso de un experimento trágico.

Las determinaciones psicológicas oriundas de la revolución rusa, con su vocabulario militar fundado en la táctica y la estrategia, completó el sistema intelectual de inhibiciones para el pensamiento latinoamericano, que había comenzado con Augusto Comte y culminado con Marx. Ahora, el gran resplandor de la revolución de octubre encegueció a los devotos que conquistó en el Tercer Mundo. La presunta victoria de una revolución ajena (que llevaba en sus entrañas un monstruo como Stalin) los condujo a preparar las derrotas de las revoluciones propias.

América Latina se vio castigada por la doctrina reduccionista de someter las políticas nacionales al imperio de las normas generales emitidas desde un todopoderoso centro de la revolución mundial que resultó ser nada más que la plataforma geográfica de un nacionalismo ruso tan despótico y expansivo como su antecesor zarista. Tardíamente, poco antes de su muerte, Lenin advirtió el carácter puramente ruso de las tesis organizativas del bolchevismo. En sus últimos momentos sospechó, con espanto, que la vieja estructura social del brutal gendarme zarista, apenas barnizada de rojo, en apariencia vencida, amenazaba con devorar al partido gobernante. Su propia muerte natural está sujeta a discusión. Lenin decía que la esperanza de la humanidad no podía depositarse en Europa sino en el Oriente, y en las colonias donde se encontraban los pueblos revolucionarios.

América Latina forma parte de esos pueblos. Para liberarse necesita ver claramente su camino. La experiencia ha demostrado que las limitaciones de una filosofía de la historia fundada en el carácter específico de la historia europea, resulta un peligroso instrumento de medición y diagnóstico.

Toda la correspondencia de Marx y Engels está penetrada de ese optimismo histórico y, de alguna manera, del progresismo decimonónico: una sociedad agotada engendrará otra nueva que habrá de reemplazarla; una clase sucederá a la otra; la historia es la historia de la lucha de clases. La burguesía es la clase dominante de la última etapa. La sucederá la dictadura del proletariado, a la que seguirá la lenta extinción del Estado. La humanidad sustituirá el gobierno de los hombres por la administración de las cosas. Se pasará del reino de la necesidad al reino de la libertad. El marxismo, en todos sus matices, afirmaba poseer las llaves del Reino. Pero nada sucedió así.

No resultaba accidental que el nombre de Darwin apareciera con frecuencia en sus libros, ni que Engels, ante la tumba recién abierta de Marx, estableciera una analogía entre aquel que descubrió las leyes de la evolución de las especies y el que realizó la misma tarea en el campo de la ciencia social. Evolucionismo y biologismo acompañarían siempre de cerca el formidable legado de Marx y el pensamiento de sus herederos. Y la teoría marxista de la historia sería la víctima: la historia poseía su lógica, sus leyes y sus objetivos.

IV

Hemos observado antes que la revolución socialista no tuvo lugar en la Europa avanzada, lo que desmintió toda la tradición del pensamiento marxista. A partir de 1945, en el mundo colonial de Asia, África y América Latina, se ponía en marcha una formidable conmoción revolucionaria. No sería el proletariado de los textos de Marx o Trotsky el héroe central de dicho terremoto

social sino, sobre todo, el campesinado, la pequeña burguesía colonial y la "inteligencia" postergada del Tercer Mundo. Salvo en la Argentina, donde la clase obrera industrial, junto al Ejército, elevaría al poder al coronel Juan Domingo Perón, mientras los partidos marxistas, excepción hecha del la Izquierda Nacional, condenarían al coronel como "nazi-fascista".

En todas partes, la revolución triunfante sería una revolución nacional. No se inspiraba en un programa socialista sino, para decirlo con un lenguaje no siempre claro, en un programa burgués, aunque llevado a cabo frecuentemente sin la embrionaria burguesía.

Detrás de la terminología archimarxista, Mao y Ho-Chi-Min panificaron una especie de capitalismo de Estado y, finalmente, dejaron entrar a los bancos extranjeros, la Pepsi-Cola y las Honda japonesas. La revolución que irrumpía no era la revolución prevista por los clásicos del socialismo. No se desarrollaba en los países de evolución industrial más lograda sino en los más atrasados. Y no era un partido de clase, el partido proletario, "el caudillo de la nación" en armas, sino un confuso y poderoso frente de las clases revolucionarias emergidas del primitivismo colonial. En algunos casos los jefes eran militares nacionalistas o intelectuales marxistas. Se definían como "gobiernos patrióticos" o "regímenes socialistas". Lograban a veces reestructurar su país. Otras terminaban arrastrándose en la marcha errática de burocracias políticas dispuestas a pactar con Occidente o con el poder soviético. En la mayor parte de las revoluciones nacionales, desde 1945 hasta la actualidad, los nuevos gobiernos asumieron la plenitud del poder e iniciaron, por medio del Estado, vías de desarrollo no capitalistas. En otros casos indujeron la formación de "burguesías nativas" engordadas con créditos del Estado, aunque generalmente con magros resultados. La fe religiosa, en otras ocasiones, se ofrecía como ideología nacional de la revolución. Tales movimientos pusieron en jaque al imperialismo mundial, mientras el famoso "proletariado europeo" se instalaba en el marco de la incomparable prosperidad alcanzada por la burguesía en los últimos cuarenta años y miraba con indiferencia, cuando no con sospecha, muy lejos del "internacionalismo proletario", las luchas sangrientas del Tercer Mundo por su independencia nacional. En cambio, el "proletariado mundial" o la "revolución mundial" resultaban ser puras abstracciones, reflejos doctrinarios de un mercado mundial sujeto a no menores limitaciones.

Al revés de las previsiones de los marxistas de la preguerra, todas las revoluciones, aun las que se denominarían "socialistas", estallaron en el Tercer Mundo: China, Vietnam, Laos, Corea, Cuba, Nicaragua, Egipto y los nacionalismos africanos y asiáticos. En Europa Oriental, los regímenes "socialistas" resultaron el fruto de la irrupción del Ejército Rojo en sus capitales al terminar la Segunda Guerra Mundial, excepción hecha de Yugoslavia, que se autoliberó con sus propias armas pero que no era un país "avanzado". El proceso seguía rumbos no establecidos por los textos marxistas. La Unión Soviética, a su vez, que había formado una poderosa e inatacable burocracia (casta o nueva clase, no es tema para este análisis) se convertía en una gran potencia. Lenin había resumido en una breve sentencia que el socialismo en Rusia era "el poder de los soviets más la electrificación". Como el poder democrático de los soviets (consejos obreros) fue rápidamente eliminado por el nuevo poder burocrático, sólo quedó la electrificación. Pero nadie podía sostener seriamente que la electricidad era el fundamento del socialismo, ni

que la sociedad planificada, monolítica y militar de la Unión Soviética tenía alguna relación con el socialismo, sea cual fuere la definición que se pretenda formular acerca del término.

El aplastamiento de la revolución húngara, de la revolución de Praga o de la crisis en Polonia, para no hablar de la ocupación militar de Afganistán, ofrecen testimonios sobreabundantes de las dolorosas aventuras sufridas por la palabra socialismo, y de la necesidad de redefinirla.

En realidad, la historia contemporánea exhibiría los efectos nocivos de la canonización de Marx y del marxismo practicado por los legatarios de la revolución rusa. Salta a la vista la discordancia entre el mundo real y la doctrina.

Impregnada de evolucionismo y de positivismo, es decir, del racionalismo de la Ilustración dieciochesca, la herencia marxista oficial más se parece hoy a una utopía científica que el socialismo utópico de los soñadores premarxistas.

La fundación de una "academia" de ciencia marxista-leninista sostenida por el Estado soviético ofrece una confirmación de que el marxismo soviético es una ciencia fundada en textos intangibles y en dogmas incontrovertibles. La autoridad que respalda tal ideología institucional es la policía secreta. Las observaciones de Marx, frecuentemente contradictorias, pues a diferencia de sus epígonos estaba lejos de ser el creador de una "doctrina" -más bien se consideró siempre un explorador del mundo social- se han convertido en una "doctrina de Estado" en varios países, con sus guardias, sacerdotes, vestales y verdugos. Aquel que tenía como divisa "Duda de todo", ha venido a resultar un dios omnisciente en un imperio donde está prohibido dudar de nada. Sin embargo, las propias revoluciones en Rusia, China, Cuba o Vietnam, tan alejadas de las previsiones o conceptualizaciones de los textos marxistas, han permitido analizar y cuantificar lo que está muerto y lo que está vivo en las ideas del marxismo. Más aun, han aparecido tantos marxismos como países "socialistas" y tantos socialismos como partidos de esta denominación existen en el mundo.

V

Al eurocomunismo le sucedió la "vía francesa" o "italiana para el socialismo". Al internacionalismo proletario que estaba en la base de los discursos, tesis o libros de Lenin en los momentos estelares de la revolución, ha sucedido un conjunto de "variantes nacionales", tanto en los países imperialistas "civilizados" como en las naciones coloniales más atrasadas. Semejante variedad tiende, de algún modo, a poner las cosas bajo una nueva perspectiva. Es conocida la maliciosa

observación de Ho-Chi-Min sobre Mao y sus nuevas teorías filosóficas: "El camarada Mao ha 'chinizado' hábilmente las tesis de Lenin". Podría añadirse que el propio Lenin había "rusificado" algunas ideas de Marx para advertir, poco antes de su muerte, que el bolchevismo era un "asunto ruso que sólo los rusos podían aplicar y entender".

Resulta muy significativo que a medida que aumentaba el número de países socialistas, tendía a declinar la popularidad del concepto de "internacionalismo proletario", cuando teóricamente cabría imaginarle, por esa causa, más vigencia que nunca. Asimismo, el silencio que tanto China como la Unión Soviética mantienen acerca de sus peligrosas disputas territoriales -que les obliga a inmovilizar a dos millones de soldados a lo largo de una extensa frontera común- indica bien a las claras que el nacionalismo, o la defensa del territorio nacional, atribuido a los apetitos desenfrenados del mundo capitalista, subsiste aun después del establecimiento de la economía planificada y de un gobierno llamado a sí mismo "socialista". Idéntica situación se plantea entre Vietnam y Camboya. En plena guerra, ambos se denominan "Estados socialistas".

La raíz de la cuestión creemos que es preciso buscarla en la ambigüedad original de los diagnósticos marxistas y en el curso propio que siguió la historia contemporánea más allá de tales diagnósticos. Recordemos que al día siguiente de que Marx entregara a la Liga de los Justos el texto del "Manifiesto Comunista" de 1848 donde planteaba la sustitución de la burguesía por el proletariado, el joven doctrinario se incorporaba a la "Nueva Gaceta Renana" en calidad de director de esa publicación democrática, respaldada y financiada por la burguesía alemana.

Engels dirá más tarde que era la única manera de difundir sus ideas. Pero la "Nueva Gaceta Renana" no difundía las ideas marxistas sino las ideas de la burguesía en favor de la democracia.

De aquel documento célebre redactado por dos jóvenes intelectuales, donde se afirmaba que "los obreros no tienen patria", poco quedaría en el espíritu de Engels, que en 1892 escribiría: "Si llega el momento, sólo deseo que mi vieja fractura no me impida montar a caballo", en caso de que Rusia o Francia atacaran a la Alemania imperial. De hecho, ambos no dejaron de ser dos patriotas alemanes, armados de una imponente doctrina internacionalista.

El mismo Engels, que se proponía defender con las armas a su patria en tiempos del Kaiser y Bismark, se constituía en el precedente directo de la conducta que observarían tres décadas más tarde los socialdemócratas alemanes, aquellos que votaron los créditos pedidos por el Emperador para hacer la guerra contra Francia (incluidos los obreros franceses). Aunque Lenin en 1917 calificó esta actitud como una "traición al socialismo", se cuidó muy bien de rastrear la influencia de Marx y Engels en tal política.

¿En que residía precisamente la ambigüedad implícita de los primeros, como de los últimos textos marxistas? En que la tesis central de Marx concebía al comunismo como un movimiento traído al mundo por la necesidad histórica en resuelta marcha para reemplazar al capitalismo agonizante. El vasto fresco histórico que Marx describe en el "Manifiesto", tanto como Engels en "Socialismo utópico y socialismo científico", culmina invariablemente con citas latinas tales como "el sepulturero golpea a la puerta" o "sonará muy pronto la hora en que los desposeídos expropien a los expropiadores". En el prólogo al primer tomo de "El Capital", Marx decía: "Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que mostrar a los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir".

Aun en 1871, el estallido de la Comuna de París movió a Marx a atribuirle un carácter histórico trascendente. Vio en ella el prólogo de la anhelada revolución social. Sin embargo, no era el comunismo el fantasma que recorría Europa en 1848 o en 1871, sino el nacionalismo. No era la sociedad socialista la que estaba en vías de establecerse sino el Estado nacional (tardío en el caso de Alemania e Italia y de un lejano futuro, en el siglo XX, en América Latina, Asia y África).

En suma, en lugar de producirse el colapso de la sociedad burguesa de modo inminente como suponían Marx y Engels cada vez que se producía un alzamiento popular, cuando murió Engels, en 1895, se había instalado cómodamente en Inglaterra la sociedad victoriana, clave de la bóveda en el floreciente capitalismo europeo. Como hasta las zonas de los "países bárbaros", como la India, eran alcanzadas por las orgullosas locomotoras de la civilización, el propio Marx suponía que la introducción de los ferrocarriles en el continente hindú revolucionaría las arcaicas formas de producción campesinas y desencadenaría en la India una revolución industrial semejante a la de Inglaterra.

Según la visión de Marx, la civilización barrería con la barbarie, extendiendo así las relaciones de producción capitalista a todo el planeta. Luego, este formidable terremoto social produciría su negación. A la gran industria, nacida en todas las latitudes, respondería la multiplicación numérica y social de la clase obrera. El proletariado urbano llegaría a ser, a corto plazo, la clase más numerosa de la sociedad capitalista. Así estaría en condiciones, mediante una revolución -o por medios pacíficos, de tipo electoral, quizás en Inglaterra o en Alemania- de transfigurar su poder social en poder político. Con tal proceso se iniciaría una revolución que transformaría no sólo las instituciones burguesas, sino también al hombre alienado mismo, recuperando el género humano, liberado de la estructura de clases, su plena soberanía y dignidad.

No hay duda que la historia ha seguido un curso muy diferente. Después de décadas de sufrimiento y oprobiosa explotación de mujeres y niños en fábricas infernales, la clase obrera en Inglaterra primero, y luego en los restantes países europeos, adquirió bajo el régimen capitalista considerables derechos civiles, políticos y económicos, construyó grandes partidos y sindicatos, ocupó los parlamentos y formó numerosos gobiernos que mejoraron las condiciones de existencia cotidiana sin modificar en lo mas mínimo la estructura de la sociedad capitalista ni el régi-

men de propiedad burgués. Se adaptó a las ventajas obtenidas del sistema social vigente, se "aburguesó" y se masacró mutuamente "en defensa de la patria" en las dos últimas guerras mundiales. Al mismo tiempo, resultó notable la indiferencia de los obreros franceses, ingleses, holandeses, belgas, etc., ante la explotación colonial de sus respectivas metrópolis. La II Internacional llegó a considerar deseable, en sus congresos de principios de siglo, la política colonial como medio de civilizar a los pueblos indígenas. Hasta el Partido Comunista francés no ocultó su preferencia por una "Argelia francesa".

VI

Antes de la Segunda Guerra Mundial, la Rusia soviética estaba aislada por el "cerco capitalista". Dicho cerco era el mejor pretexto para justificar los Procesos de Moscú, donde Stalin fusiló en masa a la generación leninista de la revolución de octubre. El "cerco" explicaba todo. Pero después de la guerra mundial, cuando el área no capitalista se extiende por todos los continentes, se atenúa el enfrentamiento bipolar capitalismo-socialismo o, como se lo llama hoy, Este-Oeste. La bipolaridad sólo resultaba conveniente a Estados Unidos y a la Unión Soviética. Desde 1945 hay otro factor: el Tercer Mundo, que no desea ser arrastrado a otros conflictos que no sean los propios.

La vieja antítesis de que el antagonismo entre la burguesía y el proletariado en el país capitalista maduro desembocaba en la revolución socialista, fue en realidad sustituida por el antagonismo entre las naciones industriales avanzadas (cuyas diferencias internas con su clase obrera se habían armonizado) y los países atrasados (ex coloniales o semicoloniales). Esto último resultaría ser la "contradicción fundamental". En otras palabras, la lucha se plantearía no entre la clase obrera internacional y la burguesía mundial, sino entre la burguesía mundial y los países explotados del Tercer Mundo.

De este modo se establece una solidaridad objetiva tanto entre las clases sociales de los países imperialistas como entre las clases sociales revolucionarias del país oprimido. En los primeros, el proletariado, aunque sea socialista o comunista, para tomar el caso de Francia, no salió a las calles de París para protestar contra la intervención francesa en la república africana de Chad o contra las explosiones atómicas contaminantes en el Pacífico sur. Este proletariado socialista comparte, en la punta de la mesa, el festín burgués.

Si se prefiere otro ejemplo, cuando Inglaterra invadió con sus flotas el Atlántico sur, toda la nación inglesa y sus nacionalidades asociadas (menos Irlanda) aclamaron a la señora Thatcher. Más aun, la agresión imperialista le permitió recuperar y ganar las elecciones, incluyendo votos obreros. ¿Dónde se encontraba en ese momento el antagonismo burguesía-proletariado? Se hab-

ía transfigurado en la solidaridad de las clases de la nación imperialista contra un sospechoso país de la América del Sur. En el otro polo se encontraban las clases sociales de la semicolonía agredida, es decir la Argentina. La mayoría de la población, fueran militares, obreros, hacendados, clases medias, reaccionó patrióticamente contra el imperialismo. Sólo una minoría, que no osaba decir su nombre, y la dirigencia de los partidos políticos "amaestrados", dejaron traslucir una sorda oposición. Es el sector "occidentalizante" y culto del Tercer Mundo que se identifica muchas veces con la nación dominante, y cuya suprema expresión político-artística fue Borges.

De este modo, la nación avanzada tiene una minoría antiimperialista (en la izquierda del Partido Laborista) y el país oprimido una minoría cipaya, reclutada generalmente entre el progresismo y la izquierda cosmopolita. Esta última aspira a suprimir la unidad nacional del país oprimido en nombre del "internacionalismo", mientras que no está en condiciones de eliminar la unidad interna del país imperialista. Así, desempeña la función de facilitar, bajo la divisa de la lucha de clases, y del socialismo, la dominación imperial.

Como se ve muy claramente, los presupuestos básicos del socialismo marxista quedaban en discusión a la luz de la experiencia de las últimas cuatro décadas. El eje de la revolución ya no pasaba por el centro de Europa, modelo inimitable del desarrollo capitalista, o por su culminación suprema, Estados Unidos. Por el contrario, la revolución estallaba allí donde no existían a veces rasgos de capitalismo, o había simples estructuras tribales o embrionarias formas capitalistas no integradas. Pero, al mismo tiempo, en Europa, en Estados Unidos y Japón, lejos de aparecer la revolución, se desplegaba un formidable desarrollo del capitalismo más tecnificado y complejo, acompañado por una elevación sin precedentes en la historia de la humanidad del nivel de vida y del bienestar de la población de tales países.

Había desaparecido la famosa aristocracia obrera: todos los obreros eran "aristócratas", salvo una minoría marginada de trabajadores extranjeros.

El silencio profundo del mundo colonial o semicolonial, apenas quebrantado por episódicas rebeliones y represiones, concluyó en 1945.

Al concluir la guerra, según dijimos, se puso en movimiento la gran revolución nacional del siglo, que no ha terminado. La Argentina participó de esa revolución con el surgimiento del peronismo, singular alianza entre el Ejército, la clase obrera y parte de las clases medias urbanas y rurales. Después de alcanzar altas cumbres, los movimientos nacionalistas y revolucionarios de América Latina (el trabalhismo brasileño, el peronismo argentino, el velasquismo peruano, el MNR boliviano) sufrieron un reflujó no menos profundo.

Desde 1955 hasta hoy han ocurrido fenómenos para los cuales el "marxismo oficial" ni ninguna de sus variantes secularizadas ofrece respuesta alguna. Pero si los marxismos no ofrecen ninguna respuesta, se impone ofrecer una respuesta a los marxismos.

Estas notas son una contribución a esa respuesta.

*Jorge Abelardo Ramos: LA NACIÓN INCONCLUSA, Ediciones de La Plaza, Montevideo, 1994.

Fuente: www.pensamientonacional.com.ar